

3.

LA MERCED, UN PROYECTO EDUCATIVO

1. Ser Merced en el mundo educativo
2. Jesús, un profeta, un poeta. Los educadores como profetas
3. Jesús, un sanador. La importancia de los jóvenes y adolescentes
4. Los milagros sanadores de Jesús con niños/adolescentes (en el Ev. de Marcos)
 1. El archisinagogo y su hija (Mc 5, 21-42). Curar al padre, para que la hija se cure
 2. Madre siro-fenicia con hija (Mc 7, 24-30)
 3. La fe del padre cura al hijo (Mc 9, 14-29)
5. Los niños, el centro de la sociedad, su valor más alto
 1. Niños, la mayor autoridad (Mc 9, 33-37)
 2. Niños de Jesús, una iglesia-cuna (Mc 10, 13-16)
5. La Merced, un proyecto educativo en la línea de Jesús
 1. Educar en la frontera, a quiénes y cómo
 1. Primer momento: Educar a los que no tienen otra “buena” educación
 2. Educar bien, en libertad y humanidad, donde hay una educación negativa o elitista
 3. Educar en sentido explícitamente cristiano
 2. Liberadores en el campo educativo. Ver, juzgar y actuar
 3. Educar como personas, educar como cristianos, educar como mercedarios
 1. El carisma de la Merced va en línea de libertad.
 2. El carisma de la Merced está vinculado al despliegue de la fe
 3. El carisma mercedario es un carisma de gratuidad

3.

LA MERCED, UN PROYECTO EDUCATIVO**1. Ser Merced en el mundo educativo**

Se trata de “ser Merced”, en el campo/mundo de la educación, no sólo de la escuela. Se trata, por tanto, de educar para que los educandos “sean”, par que viven en libertad, al servicio de la libertad de los demás. Se puede ser Merced en el campo de la pastoral cristiana, vinculada a la celebración del Misterio de Jesús, y se puede ser Merced en la contemplación, en el mundo de la experiencia interior del encuentro con Dios, como en el caso de las religiosas contemplativas. Se puede y debe ser Merced en el campo de la asistencia social y personal, en el cuidado de los enfermos. Pero aquí se trata de ser Merced en el mundo de lo educativo.

Educación es aquel proceso a través del cual las personas se forman, pues no nacen “hechas” y acabadas, sino que se hacen ellas mismas, con la presencia y ayuda de los demás. El ser humano (hombre o mujer) es alguien que nace por “merced” de los demás, especialmente de la madre; por eso, antes que hacerse a sí mismo tienen que “hacerle”, acogiéndole, ofreciéndole presencia, comida, palabra, cariño...

En esa línea la educación no es algo que viene después, sino que forma parte del mismo ser de la persona humana. Pues bien, aquí no hablamos de la primerísima educación (en manos de los padres), sino de la educación posterior, que está en manos de la sociedad en sentido más extenso. En ese contexto podemos hablar de varios “espacios” que forman el mundo educativo:

1. Jardines de infancia
2. La calle
3. Los medios (televisión, nuevas técnicas de comunicación)
3. La escuela
4. La Iglesia
5. Instituciones asistenciales
6. El deporte y tiempo libre
4. La Merced como proyecto educativo

2. Jesús, un profeta, un poeta. Los educadores como profetas

No fundó una escuela de especialistas, como las que eran propias de los de rabinos de aquel tiempo, donde los expertos discutían cuestiones de leyes y donde se formaban los futuros “abogados”, sino que quiso educar a todos y para eso “salió a la calle”. No negó la escuela, hubo momentos en que se estableció en una casa fija donde enseñaba a los que venían.

No fundó un gimnasio, como hacían en Grecia, para educar allí a la juventud, según el modelo de “mens sana in corpore sano”. Quizá no tenía tiempo para hacer un gimnasio, ni le parecía lo más urgente en aquel momento. Pero básicamente anduvo por la calle (como Sócrates), ofreciendo educación a todos.

Fue un profeta, es decir, un hombre que anunciaba y preparaba la llegada del Reino de Dios, ofreciendo a todos una esperanza: No estamos condenados a ser lo que somos, y a vivir como vivimos, no estamos condenados a repetir las formas actuales de esta sociedad injusta, dominada por los políticos de Roma y los que comercian con todo, mientras la gente se consume, sin seguridad, sin medio económicos, sin esperanza.

Fue un profeta de la conversión, es decir, del “cambio”: podemos cambiar, nosotros y todos; podemos hacer que este mundo (esta sociedad de niños de la calle, de locos, de enfermos, de

oprimidos...) se vuelva distinto, porque hay Dios, es decir, porque hay salvación. Estrictamente hablando, profeta y maestro (educador de escuela) son funciones distintas:

a. *Parece que el maestro (el educador de escuela) va enseñando contenidos, lentamente... Va sembrando humanidad y conocimiento, en un proceso de humanización lenta, en un gesto de maduración siempre problemático. Hace lo que puede, tendiendo a convertirse en un funcionario de la sociedad que le paga...*

b. *Por el contrario, el profeta denuncia los males de un grupo social y abre un camino una utopía, de transformación. Al profeta nadie le puede pagar, pues su "oficio" tiende a ser contrario al del orden de la sociedad. Ciertamente, el profeta quiere un "orden", pero no el orden actual, que cada uno se ajuste a la estructura dada, sino el orden del Reino de Dios, donde los hombres y mujeres comparten la vida, en gratuidad y libertad, como hijos de Dios.*

c. *De todas formas, maestro-educador y profeta son rasgos que no pueden separarse. El educador cristiano, y en especial el mercedario, ha de ofrecer unos signos proféticos de transformación. En un sentido, todo maestro, todo educador, es un profeta, alguien que sueña con cambiar el orden actual la humanidad, dirigiendo a los jóvenes, a los educandos, hacia un futuro de humanidad y concordia, que está vinculada con lo religioso.*

Jesús fue un "poeta", un educador de calle... En ese fondo de sabiduría se entienden sus parábolas, que no enseñan cosas, sino que enseñan a pensar, a pensar de un modo distinto, desde la gracia de Dios, desde la capacidad de actuar de una manera distinta, personal. Esa es la sabiduría abierta a todos, la más simple y profunda, con sus figuras "ejemplares": samaritano, publicano, pródigo, mendigo...

Jesús ha sido un profeta *sabio* en la línea israelita. Ciertamente, puede compararse con otros sabios ya citados, como Sócrates, Buda y Confucio, pero en la raíz de su mensaje está latiendo el aliento poderoso de la profecía de Israel y la búsqueda mesiánica del reino.

3. Jesús, un sanador. La importancia de los jóvenes y adolescentes

Jesús ha sido profeta y sabio pero también (precisamente por ser profeta y sabio) ha sido un "sanador", un hombre que se acerca a los enfermos de diverso tipo, especialmente a los enfermos psicológicos, para dialogar con ellos y en el fondo para curarles. Porque para enseñar, muchas veces, hay que empezar "sanando". En un sentido muy profundo, enseñar es curar.

– *Jesús ha sido amigo de enfermos, es decir, de los débiles y cansados, de los expulsados de la buena sociedad israelita, de los leprosos, de los locos (endemoniados), de los impedidos (cojo, manco, ciego...), es decir, de aquellos que no son triunfadores. Esta sociedad tiende a educar para triunfar, y por eso se vuelca de un modo especial en los triunfadores, como si la vida fuera una batalla al servicio del puesto de trabajo duradero y del triunfo fácil. Pues bien, Jesús ha protestado en contra eso, poniéndose de parte de los más débiles. Ese ha sido su "milagro": Ha querido acoger y animar a los expulsados de la sociedad.*

– *Una educación sanadora (liberadora). Sócrates pensaba que al hombre se le cura enseñándole, porque en el fondo el pecado es una enfermedad... Pero curar no es enseñar cualquier cosa, sino enseñar a vivir en gratuidad y en comunión, desde las propias debilidades. Por eso no enseña en las escuelas de los grandes rabinos (que serán los triunfadores de un tipo de sociedad religiosa cerrada), ni enseña en las escuelas de los que se adiestran para el tipo de guerra final que se está preparando en aquel tiempo en Palestina, sino que enseña a los impedidos, pobres y expulsados, para que haya un espacio en el que puedan convivir todos.*

Jesús no ha separado milagros y educación, como si fueran dos cosas distintas. *Los milagros son una expresión de su educación.* No ha sido un teórico, un sabio de doctrinas abstractas, sino un *hombre de acción*, alguien que ha puesto en marcha un movimiento de reino, entusiasmando a muchos pobres y enfermos de su entorno. Precisamente ellos, los que parecían expulsados de todos los sistemas sacrales y sociales, han sentido su fuerza, han asumido su camino, para buscar juntos el

"reino", en experiencia de fraternidad de reino. Jesús sabe que el futuro del Reino no lo van a crear aquellos que son triunfadores externos, los que tienden a aprovecharse de los demás, sino los enfermos, los que parecen menos capacitados.

4. Los milagros sanadores de Jesús con niños/adolescentes (en el Ev. de Marcos)

Entre los milagros de Jesús según Marcos hay tres centrados en la "suerte" y curación de niños en familia. Parecen re-elaborados por la Iglesia, pero no podrían haber sido recogidos y escritos de esta forma si reflejaran la visión de Jesús sobre la familia. Son distintos por su contexto y finalidad, con un fondo común: La salud de los niños depende de los padres, y en esa línea Jesús cura a los padres, creando un tipo de "escuela de familia" para que los niños vivan. Precisamente cuando un tipo de tiempo termina abre Jesús un futuro de vida a los niños.

1. El archisinagogo y su hija (Mc 5, 21-42). Curar al padre, para que la hija se cure

El archisinagogo (un tipo de párroco judío) es un hombre importante del sistema socio-religioso, tiene una hija de doce años, que está enferma, y no encuentra manera de curarla. Son muchas las niñas/mujeres que han sufrido y sufren al llegar a esa edad, dominadas bajo un gran trastorno personal y de familia. Es normal que sientan la condición y exigencia de su cuerpo, diferente ya y diferenciado, preparado para el amor y la maternidad, pero amenazado por un duro control familiar y una ley de varones (padres y hermanos, vecinos y posibles esposos) que especulan sobre ellas, convirtiéndolas en rica y frágil mercancía. Se descubren objeto del deseo de unos hombres que quizá no las respetan, ni escuchan, y así responden de la única forma que pueden, enfermando, a no ser que alguien les conceda fuerza para vivir.

Pues bien, parece que esta niña, hija del archisinagogo, es víctima de su condición de mujer, y se siente condenada por el fuerte deseo de posesión de los varones (machos) y por la dura ley sacral de una sociedad que le convierte en víctima sumisa de las leyes de pureza y de los miedos, de los planes y violencias de los otros (varones, representantes de la ley de familia). Hasta ahora podía haber sido feliz, niña en la casa, hija de padres piadosos (sinagogos), resguardada y contenta en el mejor ambiente. Pero, al hacerse mujer, se descubre moneda de cambio, objeto de deseos, miedos, amenazas, represiones.

Ella es hija de un hombre importante, sano...un hombre que vivía para la sinagoga, para la comunidad; parecía tenerlo todo y, sin embargo, no podía acompañar a su hija en la travesía de su maduración como mujer; animaba a su comunidad, pero tenía que matar o dejar morir (como nuevo Jefe, cf. Jc 11) a su hija. La niña tendría que haber sido feliz, deseando madurar para casarse con otro archisinagogo como su padre, repitiendo así la historia de su madre y de las mujeres "limpias", envidiadas, de la buena comunidad judía. Pero a los doce años, edad en la que debían empezar a cumplirse sus sueños de vida, ella renuncia... normal que haya enfermado.

La escena nos introduce en el centro de una crisis de familia que se manifiesta y estalla en su miembro más débil, que es la hija. No sabemos nada de la madre (que aparece sólo hacia el final: Mc 5,40), aunque podemos imaginar que sufre con la hija, identificándose con ella (pues en aquel contexto social había una simbiosis quizá más fuerte que hoy entre madres e hijas). El drama está representado por el padre, que puede presidir la sinagoga (ser jefe de comunidad) pero que resulta incapaz de ofrecer compañía, palabra y ayuda a su hija. Por eso, como va indicando paso a paso el evangelio de Marcos, el verdadero milagro (para curación de la hija) será la conversión del padre. Estamos pues ante una terapia de familia (no de escuela):

– *Está enferma la hija (thygatrion), y su padre Archisinagogo va en busca de Jesús para pedirle que la cure (Mc 5, 22-24b). Como representante de una estructura social y religiosa que es incapaz de ofrecer vida a su hija, este Archisinagogo busca a Jesús, pidiendo que le imponga las manos para que se salve (5, 23). Este*

hombre habita, según eso, en un espacio de contradicción, siendo causa de enfermedad y muerte para su niña, pero, como presintiendo su culpa, va hacia Jesús para pedirle su ayuda.

– *La lección de la hemorroisa*. Mientras la niña agoniza (*eskhatôs ekhei*) Jesús hace recorrer al padre un largo camino de fe (Mc 5, 35-36), curando a la hemorroisa (5, 24b-34). El evangelio muestra así que es el padre quien debe creer, para curar con su fe a la hija.

– *Jesús entra en la habitación de la niña con su padre y su madre* (5, 37-40). Llegan a casa, viene la madre. Ambos, padre y madre, unidos en su responsabilidad, podrán y deberán dar testimonio de vida y garantía de futuro a su hija niña hecha mujer. El milagro ha comenzado en el momento en que el padre ha confiado en Jesús. Ésta es la novedad: que el padre y la madre asistan a la niña para que se vuelve mujer, en esas circunstancias, haciendo así posible que ella asuma la travesía de la vida. En busca de Jesús había salido un padre vencido, vinculado a la estructura social y familiar que impedía la maduración de su hija. Ahora viene con Jesús un hombre nuevo (¡el mismo archisnagogo!), unido a su mujer (la madre de la niña), un hombre que ha logrado aprender lo más difícil: Ser padre, aceptando el gesto y curación (limpieza) de la hemorroisa, para ofrecer vida distinta a su niña adolescente.

– *Jesús toma consigo además a tres discípulos varones* (Pedro, Santiago y Juan: 5, 37). No van como curiosos, ni están allí de adorno. Son miembros de la comunidad o familia mesiánica (cristiana) que ofrece espacio de maduración y garantía de solidaridad a la niña que se hace mujer.

– *Milagro*. Sólo de esa forma (con la fe del padre, la presencia de la madre y la comunión de los discípulos) puede realizar Jesús su gesto: Agarrando con fuerza la mano de la enferma (*kratêsas*), le dice *¡talitha koum!*, niña levántate (5, 41). Jesús no se limita a tocarla (como al leproso de Mc 1, 41), sino que la agarra con fuerza, tomándole la mano y elevándola (como a la suegra de Simón: Mc 1, 31). De esa forma rescata a la niña de la cama donde había pretendido quedarse y le dice: *¡Egeire! ¡levántate!* Por eso, este pasaje ha de entenderse el clave eclesial: lo que Jesús hizo a esta niña es lo que han de hacer los padres y la comunidad cristiana con las adolescentes, superando un tipo de ritualismo sinagoga y de ley de purezas de sangre que lleva a la muerte. Cada niña que se hace mujer es en el fondo una experiencia de pascua, una auténtica resurrección.

– *Jesús pide a los padres que le alimenten* (5, 43), insinuando así que la niña estaba muriendo de anorexia. Están en el cuarto los seis que han entrado (los padres, Jesús y tres discípulos), y la niña empieza a caminar... Jesús le ha dado la mano, le ha levantado, de manera que ya no tiene que decirle nada, no le da consejos, no le acusa o recrimina nada... Ella no tiene la culpa, el problema es de la familia. Es claro que las cosas (las personas) tienen que cambiar para que ella viva, animada a recorrer un camino de vida fecunda, volviéndose cuerpo que confía en los demás y ama la vida. Tienen que cambiar los otros; por eso dice a todos (*autois* que incluye a padre y discípulos) que den de comer a la niña, que le inicien de forma diferente en la experiencia de la vida, que ella asume de nuevo al curarse.

2. Madre siro-fenicia con hija (Mc 7, 24-30)

Éste es el milagro de una madre siro-fenicia (de otra cultura, hoy diríamos “musulmana”) que, sin embargo acude a Jesús... para que cure a su niña. En el caso anterior era Jesús el que debía “dirigir” el camino del padre judío, para que creyera de verdad en el Dios de la vida; en este es la mujer pagana la que conduce a Jesús y le enseña a descubrir el alcance y poder sanador de la fe. El evangelio de Marcos ejemplifica con este relato la superación de las leyes de pureza y comensalidad intrajudía, para hacer posible la comunión (comunicación) entre todos los seres humanos.

– *Jesús llega a los confines de Tiro y se refugia en una casa, no queriendo conocer a nadie* (Mc 7, 24), en gesto de ocultamiento que pertenece a su estrategia mesiánica. Muchos no le aceptan, y así ha decidido salir de Galilea, “escondiéndose” en la raya o frontera de Fenicia, donde habitan los pueblos paganos del entorno israelita. Pues bien, paradójicamente, ese ocultamiento se vuelve principio de nueva revelación (lo mismo que había sucedido en Mc 6, 30-44: primera multiplicación). *La casa donde está Jesús*, en la frontera entre Israel (Galilea) y la región de Tiro, se convierte ahora en punto de partida de la misión cristiana.

– *Todos son hijos, una gran familia*. Viene a su encuentro una pagana (sirofenicia de cultura griega, como precisa el texto: Mc 7, 26), pidiéndole curación para su hija enferma (7, 25-26). Los escribas no han aceptado a Jesús, sino que le han combatido y así parecen encerrarse en su legalismo particular, dentro de las fronteras de su puro judaísmo, como si sólo ellos fueran familia de Dios (los únicos que pueden comer el pan verdadero

de la mesa). Por el contrario, esta madre pagana descubre más allá de la ley, desde su mismo paganismo, el poder de curación mesiánica de Jesús, es decir, la posibilidad de que todos sean familia, superando la distinción entre hijos (que serían los judíos) y perros (que serían los gentiles). Ella se acerca a Jesús con el dolor más profundo de mujer y madre (su hija está enferma), pidiéndole ayuda, es decir, vida para su hija, que no es una “perra” sino hija de Dios, hermana de todos los hermanos.

– *Deja que primero se sacien los hijos. No es bueno tomar el pan de los hijos y echárselo a los perrillos...* (7, 27). Así responde Jesús, con la tradición y teología israelita. Primero han de alimentarse en la mesa del Reino los hijos/judíos, en abundancia mesiánica; sólo después, como una consecuencia, cuando Israel haya completado su cupo, podrá extenderse la hartura a los gentiles/perros. Es fuerte esta palabra, pero Jesús debe decirla, si quiere permanecer en la tradición israelita que la han enseñado. No responde así en nombre propio, sino como portavoz de la ley y teología de su pueblo. Según esa lógica, *esta mujer y su hija enferma* tendrán que esperar (y aunque Dios les ofrezca comida serán siempre “perros”). No forman parte de la familia de Dios, de la nación mesiánica; son sencillamente animales impuros que ladran; su lugar se encuentra fuera, separado de la mesa de los hijos.

– *¡Señor! pero también los perrillos comen las migajas que caen debajo la mesa...* (7, 28). Así responde la mujer, aceptando el argumento israelita, pero profundizándolo y cambiándolo de forma sorprendente. Ella reconoce el valor de las palabras de Jesús, con la teología israelita que está en su fondo (con la Escritura y la historia del pueblo judío, que distingue entre hijos y perrillos), pero invierte y completa su sentido, recordándole al Señor (*Kyrios*) de Israel que su banquete es abundante, que *sobra pan* sobre la mesa, que ha llegado el tiempo de hartura y de familia para todos, de manera que todos son hijos, que todos pueden ser familia. No pide para el futuro (cuando se sacien los hijos...) sino para el presente, para este mismo momento, suponiendo que los hijos (si quieren) pueden encontrarse ya saciados, a fin de que ahora todos puedan ser familia (superando así la división entre hijos y perros). Esta mujer aparece así como un auténtico “escriba” de la ley, como el mejor hermeneuta de la esperanza israelita.

– *Por esta palabra que has dicho: ¡Vete! Tu hija está curada* (7, 29). De manera sorprendente, Jesús acepta el argumento de la mujer, deja que ella le enseñe, y así, aprendiendo, él también puede ver las cosas desde el otro lado, es decir, desde los oprimidos, desde aquellos que carecen de familia (que no pueden alimentar a sus hijos). De esa forma, con la ayuda de la siro-fenicia, Jesús consigue descubrir las últimas consecuencias de su propio mensaje: el banquete de pan compartido, la mesa abundante de nueva familia (la iglesia) ha de abrirse a todos, porque el hambre y la necesidad no tienen fronteras. A través de la palabra de esta mujer, aprendiendo a leer la Escritura desde la necesidad de los paganos, Jesús supera o rompe el muro que escindía a judíos y gentiles, aprendiendo que todos pueden y deben ser familia. No se puede hablar de “buenas familias de hijos” (privilegiados) y de familias de perros, pues el pan mesiánico, la vida compartida, es para todos. Mirado así, más que milagro de la curación de la hija pagada, éste es el milagro de la curación del Jesús judío, que empieza a creer y actuar de un modo universal.

– *Éste no es un milagro de Jesús, sino de la madre creyentes...* Es ella la que puede curar a la hija, en contra del padre judío del caso anterior, que tiene que cambiar. Jesús (hoy diríamos la escuela cristiana) ratifica el gesto de esta madre “creyente”.

3. La fe del padre cura al hijo (Mc 9, 14-29)

Ésta es la curación de un niño “poseído” (el evangelio de Mateo le llama “lunático”) al que Jesús sólo puede curar a través de la fe del padre:

– *Tiene un espíritu (=demonio) que no le permite comunicarse* (9, 17). Está encerrado en su vacío, sin acceso a la comunicación familiar: no puede o no quiere hablar, de forma que vive en aislamiento. No ha escuchado jamás una voz personal y de esa forma vive bajo el dominio de un espíritu de *silencio demoníaco* (=pneuma alalon): malvive en un mundo sin diálogo, sufre y se agita en un espacio y tiempo pervertidos donde no hay palabra que pueda vincularle con el padre ni con otros seres humanos.

– *Y, cada vez que le agarra, el espíritu le arrastra, de manera que echa espuma por la boca, se golpea los dientes y se seca* (9, 18). Vive así inmerso en una dura violencia corporalizada. Su silencio interior y exterior es causa y consecuencia de una agresividad integral. No escucha a nadie, en nadie puede confiar, nunca le han dicho, o no ha logrado escuchar una palabra que le diga, *¡Eres mi hijo, yo te quiero!* (como a

Jesús en Mc 1, 11; 9, 7). Por eso, descubre y realiza su vida como un deseo de muerte que se encierra en sí misma, en círculo incesante de violencia. De un modo normal, el padre se sabe impotente. No puede ofrecer a su hijo, enfermo desde niño (9, 21), una palabra de afirmación personal.

– *El espíritu le arroja muchas veces al fuego y al agua, para perderle* (9, 22). El niño vive en el centro de un conflicto que parece connatural a su vida sin palabra. Difícilmente se podría interpretar mejor su situación, marcada por una agresividad ostentosa, destructiva. Todo nos permite suponer que él “finge” matarse para hacer sufrir al padre, para decirle que se ocupe de él, para pedirle ayuda. Así vive en el borde de una vida hecha de muerte, en relación de violencia frente al padre, a quien desea en el fondo matar (o castigar) con su protesta de violencia.

La enfermedad del hijo brota de un conflicto de familia. Su primera forma de oponerse al padre (y a toda la familia) es *el silencio*, y de esa forma se cierra, aislándose en su enfermedad, fuera de las decepciones de su entorno. Es un enfermo mental que recibe y codifica en forma de silencio la agresión del ambiente; un enfermo de alma, pues le falta el cariño y palabra de su padre. La segunda forma es la *autoagresividad*: los gestos indicados (silencio, arrastrarse por el suelo con espuma en la boca, amagos de suicidio) son síntomas de impotencia personal y falta de comunicación. Quizá pudiéramos añadir que son ambivalentes: Por un lado le apartan de la familia; por otro son un modo de protestar contra ella y de implorar su ayuda, en gesto donde sadismo y masoquismo que se cruzan y alimentan mutuamente.

Sobre este fondo ha de entenderse la intervención de Jesús, que comienza pidiendo al padre que verbalice la enfermedad de su hijo, y que después crea en él, para curarle. Jesús no ha sido un padre de familia en el sentido convencional de ese término. No ha construido un nuevo hogar patriarcal, no ha venido a educar a unos hijos de su carne y de su sangre; pero puede presentarse como amigo, hermano, padre, en un nivel más hondo, de comunicación personal, ayudando al padre a creer en su hijo y a aceptarle (curarle):

– *Jesús dice: todo es posible para quien cree* (9, 23). La fe que evoca esa palabra no es sólo signo de pura salvación interna sino de transformación de la persona, en el plano individual y social. No es sólo fe en Dios que puede curar, sino en su familia, y de un modo especial en este hijo enfermo, a quien entre todos pueden recrear por la fe.

– *El padre responde: Creo, pero ayuda mi incredulidad, dice el padre* (9, 24), invirtiendo el orden normal de las relaciones familiares. Se dice de ordinario (y así lo repite la literatura sapiencial judía) que los hijos deben creer en los padres, obedeciéndoles sumisos. Aquí es el padre de familia el que, creyendo en el Dios de la vida (que es Padre), puede y debe confesar su fe en el hijo. En esa línea, el evangelio ha presentado a un verdadero padre concreto, para decirle que debe abrirse a la fe. Imitando a Dios, este padre confía en su hijo e inicia con él un camino de curación. Antes no había logrado comunicar una palabra de vida a su hijo; sólo ahora, con la ayuda de Jesús, se vuelve padre verdadero, curándole de su enfermedad.

– *La acción de Jesús*. En ese contexto aparece Jesús en su doble función de hombre cercano y sanador poderoso. Por un lado *penetra en el abismo de dolor del hijo*, asumiendo su enfermedad y violencia para curarle. Por otro lado *llega al corazón del padre*, madurándole en la fe y haciéndole capaz de ofrecer amor sanante al niño enfermo. Jesús no cura con un milagro externo, sino como portador de fe.

Los hombres no creen en los demás, por eso enferman, rompiendo así los lazos de familia. No creen, por eso se oponen unos a los otros, empezando por la familia (más que por la sociedad en su conjunto). Jesús siente el dolor de la falta de fe, tanto en relación con Dios como en relación a los padres y a los hijos. Por eso se desahoga, pero, al mismo tiempo, asume, desde el hijo enfermo, la miseria humana, introduciendo en ella un germen de fe. De esa forma manifiesta la esencia de la familia, centrada en la fe: Que unos crean en otros, el hijo en el padre, el padre en el hijo. En esa línea, este padre del “milagro” de Jesús ha de comportarse en el fondo *como madre*. Éste es un padre que debe empezar a creer, pues sólo así, y en actitud de fe puede re-engendrar (curar) al hijo que antes parecía muerto (sin palabra). Ésta es la enseñanza (ayuda) que Jesús le ofrece.

5. Los niños, el centro de la sociedad, su valor más alto

– *Ambivalencia del entorno judío*. Los niños (descendencia) son signo de Dios, pero sólo alcanzan autoridad si cumplen la Ley y las normas sacrales, como muestra el Código esenio de Damasco (CD 10, 6) y las leyes de Qumrán: *los niños* se vuelven valiosos cuando alcanzan la edad para celebrar la liturgia de adultos y puros, cumpliendo los ritos; *las niñas* importan sobre todo por su maternidad, dentro de un entorno social en el que se valora mucho la identidad judía.

– *Novedad de Jesús*. En contra de la visión anterior (y del modo ordinario de actuar de su entorno), él presenta a los niños como testigos y destinatarios del reino, sean o no judíos, pues son regalo y presencia de Dios como tales niños. No importan sólo los limpios, de gloriosa genealogía, ni los ya crecidos, sino todos, sin diferencia de sexo, posición o familia (cf. Mc 7, 24-30). Frente a un mundo donde los hombres valen por su saber (griegos) o su hacer (judíos; cf. 1 Cor 1), Jesús les valora en cuanto necesitados y capaces de amor.

1. Niños, la mayor autoridad (Mc 9, 33-37)

Llegaron a Cafarnaúm y, una vez en casa, les preguntó: ¿De qué discutíais por el camino? Ellos callaban, pues por el camino habían discutido sobre quién era el más grande. Y sentándose llamó a los doce y les dijo: El que quiera ser el primero, hágase el último de todos y el servidor de todos. Luego tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: Quien reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, no me recibe a mí, sino al que me ha enviado (Mc 9, 33-37)

Los discípulos de Jesús quieren hacer un mundo para varones, donde lo que importa es alcanzar los primeros puestos. Pues bien, Jesús invierte esa tendencia, mostrando que los más importantes son los más pequeños y en concreto los niños.

– *a: Inversión: Ser el primero* (9, 35). Jesús se sienta en la cátedra de su magisterio, convoca a los Doce (poder eclesial) y les dice: ¡Quien quiera ser primero hágase el último...!). Habían empezado a construir una iglesia sobre bases de poder, desde el *mayor y primero* (*meidson, prôtos*), y Jesús invierte ese modelo no necesita mayores ni primeros, sino *últimos y servidores* (*eskhatoi, diakonoi*). Quiere personas que sepan ponerse al final, para ayudar desde allí a los otros, superando la lógica del mando. Al hablar así, no ha criticado un simple vicio de egoísmo de unos pobres discípulos torpes sino que ha invertido la misma estructura de la vieja sociedad, edificada a partir de los poderosos.

– *b: Gesto simbólico: Pone a un niño en el centro del grupo y le abraza* (9, 36). Los discípulos se creen importantes para ejercer su poder y dirigir la vida de otros, desde los primeros puestos, organizando la estrategia del reino de Dios. Saben que para funcionar un grupo humano necesita dirigentes. Pero donde ellos se elevan sobre los demás, los otros (inútiles, niños) quedan dominados, en segundo plano. Por eso, para invertir ese modelo y crear una familia distinta, *Jesús toma a un niño* y realiza un signo doble: (1) *De autoridad*: le coloca en el centro (*estêsen auto en mesô autôn*); los discípulos discutían sobre ese centro, pero ahora descubren que está ocupado ya por el niño a quien Jesús coloca en pie, convirtiéndole en jerarquía máxima, en medio del corro donde él mismo estaba en Mc 3, 31-35. (2) *De amor*: le abraza (*enankalisamenos*), en gesto de cercanía y cariño. Buscaban los discípulos poder, habían empezado a conspirar. Pues bien, Jesús descubre y vence su conspiración ofreciendo (abrazando con) amor a un niño. De esa forma, interpreta la autoridad a partir de la ternura: el niño es importante porque está a merced de los demás y necesita cariño; así lo muestra Jesús poniéndole en el centro de la iglesia, y abrazándole en gesto de autoridad y ternura.

– *a': Enseñanza conclusiva: Quien reciba a uno de estos niños* (9, 37). Reasume la doctrina del principio (el que quiera ser primero), enriqueciéndola a partir de los dos signos (poner al niño en el centro, abrazarle). El servicio (ser último, hacerse servidor) se expresa como *acogida familiar del niño*. El mundo exterior (dominado por un duro proceso de comercialización elitista) era un lugar donde los niños sufrían las consecuencias de la lucha por el poder, como último eslabón de una cadena de opresiones, de forma que al

final ellos podían quedar sin casa (sin familia, sin comunidad). Contra esa situación habla Jesús: *¡Quien reciba (dexêtai) a uno de estos niños...!* Ellos, los niños, aparecen así como signo mesiánico, expresión de autoridad, presencia de Dios sobre la tierra. En ese contexto, *recibir* significa acoger a los niños en la casa-familia de la iglesia.

El problema no está en saber quién domina, controla u organiza el poder sacral, magisterial o ministerial, sino en si recibe a los niños. De esa forma pasamos del ámbito más privado de un pequeño hogar (con unos padres que se ocupan de sus hijos) al espacio compartido de la iglesia o familia grande donde los niños (unas veces con padres, otras sin ellos) han de formar el centro de identidad y cuidado de todos. La misma comunidad viene a presentarse de esta forma como ámbito materno, casa donde los niños encuentran acogida, siendo honrados, respetados y queridos.

La comunidad no es un grupo de sabios ancianos, sociedad de poderosos o influyentes, asociación de burócratas sacrales, funcionarios que escalan paso a paso los peldaños de su gran pirámide de influjos, poderes, competencias (y también incompetencias). Conforme a este pasaje, la iglesia es *hogar para los niños*, espacio donde encuentran acogida y valor los más pequeños.

De esa manera culminan y se entrelazan los diversos aspectos del mensaje de Jesús. Precisamente allí donde el Bautista anunciaba el fin del mundo (en fuerte crisis social, que parecía destruir toda familia) empieza para Jesús la exigencia de crear espacios de acogida para los niños. La Iglesia no ha de hacer teorías sobre los niños, sino acogerles, ofreciéndoles espacios de maduración humana, en dignidad y ternura.

– *Los primeros son los niños*. No tienen que hacer nada. No deben alcanzar con su decisión ninguna meta; no tienen que esforzarse por lograr una influencia por encima de los otros, pues tienen valor porque están necesitados, es decir, porque su forma de aprender y su misma vida “física” dependen de aquello que les ofrezcan los mayores. Su valor está en su propia pequeñez, es decir, en su dependencia. No han de luchar para volverse símbolo de Cristo: lo son por sí mismos, por hallarse (como se hallan) en manos de los otros.

– *Esa debilidad suscita un compromiso*, como indicaban las normas fundamentales de la Ley sobre huérfanos, viudas y extranjeros (cf. cap. 4). Pues bien, en ese contexto, Jesús insiste en la importancia de los niños, como seres que dependen de la acogida de los otros. Los miembros de la nueva casa cristiana han de ofrecerles lo que son y lo que tienen, es decir, su casa, haciéndose de esa manera su familia. La ruptura familiar del evangelio (donde debe superarse la misma figura del padre patriarcal) ha de traducirse en un gesto de ayuda hacia los niños. Ellos son lo que importan; a su servicio ha iniciado Jesús su mensaje.

– *La iglesia como grupo especializado en recibir a niños*. La palabra clave (*recibir-acoger: dekhomai*) había aparecido en Mc 6, 11: los misioneros quedaban en manos de aquellos que podían *recibirlos o rechazarlos*. Ahora son los discípulos de Jesús, los que deben acoger a los demás, de un modo especial a los niños. Frente a la institucionalización del poder que ellos proponían (*¿quién es mayor?*), instituye aquí Jesús una familia al servicio de la acogida integral de los pequeños.

2. Niños de Jesús, una iglesia-cuna (Mc 10, 13-16)

Y le llevaban niños para que los tocara, pero los discípulos se lo impedían. Jesús, al verlo, se indignó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí; no se lo impidáis, pues de los que son como ellos es el reino de Dios. Os aseguro: quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y, abrazándolos, los bendecía, imponiéndoles las manos (Mc 10, 13-16).

– *Traen niños para que los toque* (Mc 10, 13a), en una perspectiva que en su origen puede ser mágica (al tocarles, el santón, curandero o profeta transmite a los pequeños buena suerte), pero que en el contexto actual del evangelio ha de verse en clave de vinculación mesiánica. Quienes traen niños (se supone que no pueden andar por sí mismos) son los padres o familiares. Quieren que Jesús entre en contacto con ellos, en gesto muy propio de Marcos (Jesús toca y cura en 3, 10; 5, 27-28; 7, 33; 8, 22). Posiblemente, son los padres o familiares, que no forman (todavía) parte de la iglesia, pero conocen de algún modo a Jesús y le piden ayuda.

– *Los discípulos quieren impedirlo* (10, 13b). No pueden permitir que Jesús pierda el tiempo, que abandone sus ocupaciones importantes, para dedicarse a los niños, en tarea que parece poco digna, propia de mujeres. Es claro que en el fondo del pasaje sigue habiendo una disputa eclesial, como en Hech 6, 1-6 (los grandes de la comunidad no atendían a las viudas y mesas de los pobres): los discípulos centrales (los Doce) no permiten que Jesús se ocupe de los niños; como en Mc 9, 33-37, ellos quieren formar un grupo de poder, bajo su control, y por eso forman una especie de guardia pretoriana o círculo de seguridad en torno a Jesús, impidiendo que traigan a los niños. En esa línea, la iglesia corre el riesgo de volverse grupo de personas importantes, sin corazón ni tiempo para los menores.

– *Dejad que los niños vengan a mí...* (10, 14-16). Frente a un tipo de comunidad convertida en espacio de poder controlado por los “grandes”, Jesús reivindica el valor primario de los niños: Son signo del reino, los más importantes; no hay tarea más valiosa que acogerles, tocarles, bendecirles. Entendida así, la Iglesia viene a presentarse como familia abierta a los más pequeños. En medio de su gran ocupación mesiánica, cuando parece que debía dejar a un lado otros temas secundarios, Jesús afirma con solemnidad que esos niños son objeto, centro y meta de su reino.

Los niños no son sólo objeto del cuidado de los padres, sino de la comunidad entera que, en esa perspectiva, ha de entenderse como hogar (familia) que se abre a los niños como necesitados, sean hijos de creyentes o de no creyentes. De esa manera la Iglesia se abre, superando el nivel de la familia (y de la misma comunidad de los creyentes), apareciendo como casa que acoge por (con) Jesús a los niños. La palabra clave es *dejad que...* (Mc 10, 14). Desde aquí se entiende el triple gesto de afecto y dignificación respecto de los niños:

1. *Como en Mc 9, 36, Jesús abraza también aquí al niño (enankalisamenos)*, en gesto de cariño y comunicación vital, propia de esposos, amigos, familiares. El abrazo es la palabra de las manos que tocan, de los brazos que sostienen, del cuerpo que dice su verdad a otro cuerpo, el compromiso de acoger y defender a otra persona. En este primer nivel se ha situado Jesús, regalando a los niños la alegría de su vida y recibiendo la ternura y gozo que ellos le transmiten con la suya, en gesto generoso de entrega y donación, para que el otro sea, para que el niño pueda crecer en humanidad.

2. *Jesús bendice al niño (kateulogei)*, deseándole y ofreciéndole un futuro de vida, como el mismo Dios hacía a los hombres al principio (Gén 1, 28). No les abandona en su pequeñez, no les deja en su infancia por siempre; quiere que crezcan y gocen, para poseer los bienes de la tierra, pues eso significa bendecir: Regalar a los demás un espacio y camino de vida y palabra, de educación y esperanza. Crear un mundo donde la vida de los niños merezca la pena, eso es bendecir.

3. *Les impone las manos (titheis tas kheiras ep'auta)*. Este gesto final ha de entenderse como iniciación sanadora (cf. 5, 23; 7, 32) y consagración mesiánica. Imponer las manos significa transmitir a otra persona un poder. Así hacían los que “ordenaban” a los sacerdotes de Israel (cf. Núm 27, 18; Dt 34, 9), así harán después los obispos cristianos, transmitiendo su carisma a otros jefes. Pues bien, en gesto que rompe los esquemas de poder israelita, Jesús impone las manos a los niños, ofreciéndoles su autoridad. Ellos, los más pequeños, son desde ahora los verdaderos presidentes de la iglesia.

5. La Merced, un proyecto educativo en la línea de Jesús

Desde el comienzo de la historia mercedaria (siglo XIII) hasta la actualidad (siglo XXI) diversos grupos de cristianos han participado de la obra de liberación mercedaria, formando la Orden de varones y varias órdenes y congregaciones de mujeres, con cofradías o fraternidades especiales (Orden Tercera, asociaciones laicales etc.). Unos y otros quieren seguir siendo redentores, bajo la Inspiración de María de la Merced, ofreciendo y animando un proyecto educativo en el que pueden destacarse en principio estos rasgos:

1. *Educar en la frontera, a quiénes y cómo*

1. *Primer momento: Educar a los que no tienen otra “buena” educación.* Se trata de educar en los lugares donde no llega la escuela (o no es capaz de entrar de un modo eficaz), de manera que muchos niños y jóvenes quedan al margen del proceso social del conjunto de la población, en un momento en que el primer capital de un hombre o de una mujer es su educación. Enseñar al que no sabe: Éste sigue siendo un elemento clave de la acción mercedaria, como séptima obra de misericordia, que se une a las seis anteriores, de Mt 25, 3-46: Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento. Pero se trata también de educar en lugares y circunstancias donde los niños corren el riesgo de caer en manos de una educación contraria a la libertad y a la dignidad del ser humano.

2. *Educar bien, en libertad y humanidad, donde hay una educación negativa o elitista.* Se trata de educar de un modo humano, es decir, en valores de gratuidad y de libertad. Son importantes (esenciales) los saberes académicos y técnicos, pero mucho más importantes son los comportamientos personales. Lo que importa de verdad es educar para que los educandos sean personas, en respeto y gozo compartido, en libertad individual y en apertura universal.

a. *Esto significa ir en contra de un tipo de “ideario oculto” de ciertos medios, que parecen buscar la educación para el éxito,* la formación de un tipo de élite, pero no en valores humanos, sino en capacidad de dominio sobre los demás.

b. *Se tratará de educar a contra-corriente,* siendo “astutos como serpientes” (no dejando que el sistema nos domine y utilice) y “sencillos como palomas”, es decir, viviendo desde la raíz del Evangelio de Jesús. El verdadero educador, como Sócrates, como Jesús, tendrá que ser una persona que conozca el mundo..., pero que supere los valores dominantes del mundo, poniéndose al servicio del ser humano, porque cree que en cada ser humano hay una raíz de salvación. Cada niño, cada joven es Dios que nace, que empieza a vivir en estas condiciones duras del mundo.

3. *Educar en sentido explícitamente cristiano,* para el desarrollo de los valores evangélicos. La escuela en cuanto tal no es un proyecto catequético (algo que ha de estar vinculado a la comunidad parroquial o a otro tipo de comunidades), pero puede y debe presentarse como lugar de “siembra vocacional cristiana”, en línea de evangelio.

a. No se trata de educar directamente para la Iglesia, aunque es normal que muchos de los estudian en nuestros colegios e instituciones formen luego parte de la iglesia, comprometidos con ella.

b. Se trata de educar para los valores del evangelio, que son en este caso los valores de la Merced, en línea de gratuidad y de libertad.

c. Se trata de educar en los valores de la Merced, que son valores de libertad y fraternidad, abierta a todos...

4. *Liberadores en el campo educativo. Ver, juzgar y actuar*

Esta educación liberadora tiene un fundamento *espiritual cristiana*. En un sentido fuerte, los mercedarios y mercedarias siguen saben que Jesús "continúa padeciendo en los oprimidos y cautivos, expuestos a perder su fe" (cf. Mt 25, 31-46). Ciertamente, Jesús se manifiesta y se hace presente también en la liturgia (Eucaristía). Pero los mercedarios han de verle de un modo especial en los excluidos y, de un modo especial, en los que corren el riesgo de perder su libertad.

Éste es un misterio de la fe cristiana. Ciertamente, puede haber y hay (gracias a Dios) muchos hombres y mujeres de fondo humanista que se comprometen en un tipo de servicio a favor de los necesitados y lo hacen simplemente por valores humanos, sin apelar a Dios. Pero los mercedarios “cristianos”, sin perder esa base humanista, descubren con gozo otra raíz, otro principio: Ellos sabe que el mismo Dios de Cristo el que “sufre” en los cautivos y excluidos: “Tuve hambre y me disteis de comer, estuve en la cárcel y me visitasteis” (Mt 25, 31-46).

Esto es algo que para los creyentes se vive y alimenta en la fe. Sin una intensa oración liberadora el compromiso de la entrega mercedaria pierde su valor religioso (para los creyentes). Esto es muy

importante para los creyentes: Su compromiso redentor se arraiga en el misterio de Cristo que padece en los cautivos y excluidos; por eso, ellos “acompañan a Dios”, le visitan y ayudan a través de su compromiso. En esa línea, si quieren ser liberadores, los mercedarios creyentes han de cuidar su contemplación, como experiencia de encuentro con el Cristo que sigue padeciendo en los cautivos. Eso les permite aprender a ver, juzgar y actuar:

– *El mercedario/a educa para ver*, tanto en plano de conocimiento científico (ayudado por la sociología y el derecho, por la economía y la política) como en el plano de la participación personal (en un nivel de encarnación concreta): como especialista de la libertad, tiene que sabe mirar hacia los hombres actuales descubriendo sus problemas reales, sin dejarse intoxicar por la política o propaganda de turno. Hay un tipo de política y propaganda del sistema que se empeña en decirnos que las cosas son como son, que están bien así, que las culpas las tienen los otros. Eso significa que para ellos “los nuevos cautivos se lo tienen merecido”, y encima son culpables, porque ponen en riesgo la estabilidad social de los triunfadores. Pues bien, en contra de eso, los mercedarios han de tener los ojos limpios para “ver” el cautiverio real de una parte de la población. Eso significa que los mercedarios han de “salir a la calle”, o mejor dicho “han de estar en la calle”, encarnarse en el mundo, descubriendo por dentro los problemas reales que existen, como hizo Jesús, en su contacto con los excluidos de su tiempo.

– *El mercedario/a se educa para juzgar*, no en el sentido de ponerse por encima de los otros y decidir lo que es bueno y es malo, en un sentido abstracto, sino en el sentido de entender por dentro los problemas y miserias de la historia. Juzgar es entender por dentro, poniendo siempre como criterio base el evangelio, conforma a la palabra de Mt 11, 2 ss. Cuando le piden a Jesús un criterio para saber si viene el Reino de Dios él responde: “Los cojos andan, los ciegos ven... y los pobres son evangelizados”.

a. Juzgar es comprender los mecanismos que llevan a la opresión, no dejarse engañar por la propaganda, no conocer las cosas de oídas, sino por contacto personal con la gente, en un mundo que se ha vuelto muy difícil, muy complejo.

b. Juzgar es comprometerse por la justicia de Dios, que desde el Antiguo Testamento significa liberar a los oprimidos, salvar a los pobres. No se trata de mantener la justicia abstracta de este mundo viejo, sino de comprometerse a favor de la justicia liberadora de Dios.

– *El mercedario/a se educa para actuar*. No es un simple teórico que traza los planes desde arriba, ni un eterno aprendiz que no hace más que prepararse, sino un hombre o una mujer que es capaz de entrar en el ruedo de la vida, con valentía pero sin temeridad, con gozo pero sin frivolidad, al servicio de los excluidos del sistema. Sobra, quizá, documentos y doctrinas; hay una inflación de ideas y rutinas. Para los mercedarios y mercedarias es ya tiempo de asumir compromisos concretos, humildes pero ilusionados, al servicio de los excluidos.

5. Educar como personas, educar como cristianos, educar como mercedarios

Los tres rasgos van unidos, son inseparables. Lo primero es educar personas, en valor humanos, de libertad, de gratuidad, de comunicación universal. Educar en valores de convivencia y de humanidad. Lo segundo es educar como cristianos, es decir, teniendo en cuenta los ideales de vida de Jesús, en un sentido abierto, universal. Solo teniendo eso en cuenta se puede educar desde un fondo mercedario, que no niega lo anterior, sino que lo supone y completa.

En ese contexto debemos afirmar que es necesario actualizar el carisma mercedario, en este mundo concreto de la educación, apoyándonos, sobre todo, en Jesús y en su mensaje y entrega al servicio del Reino, pero asumiendo también la inspiración de Pedro Nolasco y de sus primeros compañeros y compañeras. Desde este fondo social pueden trazarse algunas líneas directrices para la acción social mercedaria:

1. *El carisma de la Merced va en línea de libertad*. Por eso, los que se sientan vinculados a ese carisma deberán ubicarse en aquellas situaciones y lugares donde la libertad y la dignidad del hombre se encuentre más amenazada, no para responder a los problemas con teorías, sino para abrir unos caminos de visita y redención, es decir, de presencia y ayuda humana.

2. *El carisma de la Merced está vinculado al despliegue de la fe*, es decir, de los valores del hombre, pero en sentido más personal y humano que confesional (del hombre como valor absoluto, presencia de Dios). En su tiempo, Pedro Nolasco se ocupó de los cautivos cristianos, porque eso era lo urgente. Hoy debemos abrir el espectro de la libertad, en línea de fe. Por eso, los redentores mercedarios han de promover la libertad de todos (creyentes y no creyente), en un diálogo fraterno, abierto a todos los que están necesitados. Precisamente por ser cristianos han de ser universales.

3. *El carisma mercedario es un carisma de gratuidad*. No se despliega para conseguir algún tipo de beneficio, sino para expresar y expandir la fe en la vida, para ayudar a la vida que se encuentra amenazada, gratuitamente, sin otro interés que el mismo despliegue de la fe (de la vida).